



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Huizinga, Johan: *The Waning of the Middle Ages*, Londres, Arnold, 1924.*

Charles L. Kingsford

El Dr. Huizinga explica que su libro, al que subtitula “Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos”,¹ se originó en un intento por arribar a un entendimiento genuino del arte de los hermanos van Eyck y sus contemporáneos. Con este propósito buscó descubrir su conexión con el conjunto de la vida de su tiempo, y encontró que el rasgo común de la civilización de la Edad Media tardía residía en aquello que la vinculaba con su pasado, y no en los gérmenes que contenía del futuro. Esto provee la clave de la actitud con la cual él se ha acercado a este tema y la forma que le ha dado a su libro.

Así comienza con los violentos contrastes desplegados en la vida en la Edad Media, con su pesimismo y su idealismo, y atraviesa las ideas estéticas, que tenían su origen en la concepción jerárquica de la sociedad y la inspiración de la caballería, llegando a la visión idílica de la vida y la

Publicado originalmente en *The English Historical Review*, Vol. 40, No. 158, Abril 1925, pp. 273-275. Traducción de Andrés Gattinoni.

1 Las traducciones de las citas fueron tomadas, en los casos en que fue posible, de la edición española: Huizinga, Johan: *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1994. Debe tenerse en cuenta que, como indica Kingsford más adelante, la edición inglesa no fue una mera traducción del original en holandés, e implicó una adaptación en la cual participó Huizinga. En cambio, la edición española proviene de una segunda versión ampliada de la obra en alemán. Los números de página que se indican entre paréntesis hacen referencia a la edición de Alianza de 1994 (N. de T.).

pesadumbre asociada a la permanente percepción de la naturaleza perecedera de todas las cosas. Era una época de extremos, donde se alternaban la piedad y la crueldad, el respeto y la insolencia, el desaliento y la falta de sentido, que no podía prescindir de las rígidas convenciones y las espectaculares demostraciones de sentimiento. Todo esto encontró expresión en la vida religiosa, con sus llamativos contrastes de piedad apasionada e indiferencia burlona, y la extraña contradicción entre el abuso de los sacerdotes y veneración del clero. Así, en los hombres del siglo XV, la devoción austera se combinaba frecuentemente con un temperamento frívolo y un amor por el esplendor estrafalario.

Tanto en la vida como en la religión existía un ultrarrealismo y un anhelo de simbolismo que multiplicaba los detalles y perdía de vista los principios más generales. Esto tenía su correlato en la literatura, con su primitiva presentación de los hechos en líneas fuertemente marcadas y sus generalizaciones apresuradas; el sentido se perdía en la forma y se volvía difícil distinguir entre afectación y convicción. “La literatura y el arte del siglo XV participan ambos de aquella cualidad general de que ya hablamos como la más esencial del espíritu de la última Edad Media: la perfecta expresión de todos los detalles, la inclinación a desarrollar todo pensamiento, toda representación que se presente, para dar a todo la forma sensible más objetiva y acabada posible” (pp. 400-401). En el caso de la literatura, esta obsesión por el detalle y la ausencia de nuevas ideas, resulta en un estancamiento del pensamiento. Si bien esto era más pronunciado en la poesía de la época, se extendía también a los escritores de prosa. Incluso Chastellain, con toda su agudeza de observación, no llega más allá de la superficie, y su vívido realismo se ahoga demasiado frecuentemente en una fraseología florida y forzada. Entre Chastellain y Jan van Eyck, el Dr. Huizinga encuentra una innegable afinidad. “Lo mejor de Chastellain corresponde, en el caso más favorable, a lo menos bueno de van Eyck, y ya es mucho igualar” (p. 410). Esto era porque en una época de expresión preeminentemente visual la pintura, aunque representaba sólo las formas visibles, podía expresar un sentido interior que la literatura, absorta en la exterioridad, no podía lograr. Pero existía la misma obsesión por el detalle que, más allá de su propia belleza, era a menudo destructiva para la unidad y la armonía. Así, con todo su mérito técnico, los pintores flamencos del siglo XV obtuvieron su inspiración de la Edad Media, y el arte de los hermanos van Eyck fue el cierre de un período.

El examen del Dr. Huizinga sobre su tema es tan variado y sugestivo que una breve síntesis no puede más que señalar muy imperfectamente el argumento del libro. Pero de entre la riqueza de ilustraciones y la multiplicidad de detalles, emerge con claridad el principio subyacente. No podemos entender la Edad Media tardía a menos que apreciemos la actitud mental y las formas de pensamiento que crearon los ideales y gobernaron las acciones de los hombres de la época. Los soldados, los políticos, los escritores y los pensadores del siglo XV obtuvieron sus ideales del pasado, e incluso sus vanidades, locuras e ilusiones deben ser tomadas en cuenta antes de poder descubrir las razones de sus actos. Si vamos a hacer eso debemos comprender que en la Edad Media tardía nos encontramos con una época de desvanecimiento y decadencia, antes que con el nacimiento de cosas nuevas. De manera que el libro puede ser descrito como una protesta contra la idea de que la historia debe preocuparse por los problemas de los orígenes y no por aquellos de la decadencia. En efecto, es un error muy común proponerse explicar las acciones de una era pasada en los términos del presente. Para un juicio tal, el sentimentalismo y la hipérbole que eran moneda corriente en el siglo XV podrían presentarse como hipocresía o ser incomprendidos por una afirmación lógica de los hechos. El resultado es una interpretación incorrecta de los motivos de los actores y de la verdad de los acontecimientos. Los ideales y principios que inspiraron a la Edad Media tardía son tan diferentes de los nuestros que una apreciación comprensiva de lo que ellos significaban y cómo llegaron a existir es la primera necesidad para el estudiante de su historia.

Aquí es donde el libro del Dr. Huizinga constituye una admirable corrección de una perspectiva equivocada. Sin embargo, hay otro aspecto de la cuestión. El historiador tiene un deber doble: entender el pasado como se le presentaba a los hombres de la época, y discernir la significación que él tiene para nosotros. Ambos deberes no pueden divorciarse, y es en los períodos de caída y decadencia en donde podemos rastrear comúnmente con mayor certeza los orígenes del progreso posterior. El Dr. Huizinga, por supuesto, no ignora esto, y al final escribe: “Una cultura elevada y poderosa está declinando pero, al mismo tiempo y en la misma esfera, nuevas cosas están naciendo. La marea está cambiando, el tono de la vida está a punto de

transformarse”.² Es en este doble aspecto de decadencia y nacimiento en que consiste para nosotros el interés más permanente del siglo XV.

El Dr. Huizinga ha basado su estudio ampliamente en la literatura y el arte de Francia y los Países Bajos, y sobre todo de la corte borgoñona. En la obra de los hermanos van Eyck y sus contemporáneos artísticos y literarios encuentra un material admirable para el desarrollo de su tema. Puede dudarse si un estudio sobre la Inglaterra del siglo XV en una línea similar sería igualmente provechoso, puesto que allí ni el arte ni la literatura tenían un valor equivalente. Para el Dr. Huizinga, los cronistas, aunque poco confiables con respecto a los hechos concretos, siempre nos recuerdan el vehemente *pathos* de la vida medieval, mientras que la historia basada en documentos oficiales nunca podrá dar suficiente cuenta de la extrema excitabilidad del alma medieval. En nuestros cronistas ingleses la vehemencia de la pasión sólo puede ser rastreada en un grado menor, y ni ellos ni nuestros otros escritores del siglo XV se comparan con los de Francia y los Países Bajos. No es, sin embargo, una completa pérdida que debamos recurrir para mucho de nuestro material a fuentes como las cartas de individuos privados. Aquí entramos en contacto con una fase de la vida diferente de aquella que interpelaba a los cronistas que escribían para las cortes y los príncipes. El Dr. Huizinga describe a los cronistas del siglo XV como ingenuos, con una apreciación absolutamente incorrecta de su época, cuyas fuerzas motrices reales escapaban a su atención. Es, por lo tanto, a través de lentes teñidos con una concepción aristocrática que Chastellain ve el mundo que lo rodea sin comprender la importancia social de la gente común. Nuestros cronistas ingleses pueden tener una falta de apreciación similar, pero no es poco significativo recordar que algunos de los mejores de ellos, tal como eran, escribían para un círculo más amplio de lectores populares. Sir John Fortescue, además, no era meramente aristocrático en su perspectiva sobre la política pública. Pero en las cartas de individuos privados entramos en contacto con la vida práctica de la gente. Aquí se nos recuerda que, después de todo, los del siglo XV eran hombres de pasiones iguales a las nuestras. Si es importante para el historiador sumergirse en los ideales y pensamientos de la época con la que está trabajando, es igual de importante advertir la existencia del permanente elemento de la humanidad común. El Dr.

2 En este caso se tradujo la cita que figuraba en el original, ya que el último párrafo de la obra difiere sustancialmente entre la edición inglesa utilizada por Kingsford y la española (N. de T.).

Huizinga, en su denuncia contra los métodos del historiador científico, quien corre el riesgo de desestimar la diferencia de tono en la vida del siglo XV y enloquecer por las causas económicas, ha ocultado de alguna manera la evolución política y social que era la real fuerza motriz de esta época. A través de referencias marginales muestra que él mismo comprende la verdad, pero sus lectores podrían perderla de vista en la riqueza de la ilustración dedicada a los ideales de la vida y el pensamiento medievales.

Debe mencionarse que la edición inglesa no es una simple traducción del original, sino el resultado de una adaptación hecha bajo la dirección del autor. Puesto que el objeto original del libro era obtener un entendimiento del arte de los hermanos van Eyck y sus contemporáneos, la admirable serie de ilustraciones de algunas de sus obras más famosas resulta apropiada. En efecto, son un complemento esencial al texto.